

## Inflación y malestar inflacionario: causas y remedios<sup>1</sup>

Aldo Ferrer<sup>2</sup>

Las categorías tradicionales de la inflación y la propia historia inflacionaria del país, son insuficientes para entender el actual aumento de precios en la economía argentina. En efecto, no se trata de un caso de inflación de costos ni de demanda. Del lado de los costos, ninguno de los precios críticos (salarios, insumos básicos, energía, servicios públicos), está sensiblemente desaliñado respecto de su posición de equilibrio en el conjunto del sistema. No existe inflación reprimida significativa en ninguno de ellos, ni es previsible que ajustes futuros, para mantener los salarios reales o márgenes aceptables de rentabilidad, desequilibren drásticamente los precios relativos. A su vez, el tipo de cambio registra presiones a la apreciación más que a la devaluación. Respecto del aumento de los precios internacionales de los alimentos y la energía, el país es excedentario y exportador en ambos (salvo en algunos tipos de hidrocarburos). Por lo tanto, el Gobierno puede administrar su incidencia sobre el mercado interno, regulando el destino de la oferta y a través del régimen de retenciones. Tampoco hay evidencias que los márgenes de ganancia, en los principales sectores, estén impulsando el aumento del nivel general de precios.

Del lado de la demanda, no existe una presión exagerada teniendo en cuenta que la producción interna viene creciendo a tasas superiores al 8% anual y la capacidad de pagos externos permite importar todo lo necesario para mantener un flujo adecuado de la oferta agregada. Por otra parte, el sector público está operando como un factor de esterilización de demanda vía el superávit primario. A su vez, la liquidez monetaria está rigurosamente controlada por el Banco Central.

Respecto de la experiencia histórica argentina (ver el artículo de M. Rapoport en este mismo espacio del 2.5.08), la evidencia revela una elevada inflación promedio en el largo plazo (record mundial en el siglo XX) con aceleraciones, las cuales, en diversos momentos, culminaron en la hiperinflación. Estas experiencias fueron *siempre* resultado de, al menos una, de las tres condiciones siguientes.

i) Desequilibrios graves en las finanzas públicas, los pagos internacionales y el sistema monetario, generalmente planteados en situaciones de elevado endeudamiento y eventual insolvencia. Cuando esto sucede, se agravan las pujas

---

<sup>1</sup> Artículo publicado en el diario BAE

<sup>2</sup> Profesor Titular de Estructura Económica Argentina. UBA.

distributivas y los aumentos preventivos de precios. El sistema es entonces extremadamente vulnerable a las expectativas de los operadores internos y a la volatilidad de las finanzas internacionales, como lo demuestra dramáticamente la experiencia argentina bajo la convertibilidad y en otras circunstancias del pasado.

ii) Precios críticos de la economía fuertemente desaliñados respecto de su posición de equilibrio en el conjunto de la economía. El ajuste indispensable de uno o varios de esos precios, como, por ejemplo, tipo de cambio, salarios o tarifas de los servicios públicos, acelera inevitablemente el aumento del nivel general de precios.

iii) Tensiones sociales extremas reflejadas, por ejemplo, en golpes de estado o en huelgas generales fuera de control de las autoridades. Los aumentos masivos de salarios, que suelen resultar de conflictos laborales graves, agravan la incertidumbre y las expectativas y aceleran también a la inflación.

Pues bien, ninguna de estas condiciones se verifica en la situación actual del país. En efecto, la economía sigue operando con el llamado *superávit gemelo* en el presupuesto y el balance de pagos. Como hemos visto, no hay presiones inflacionarias incontrolables ni del lado de los costos ni del de la demanda. A su vez, el sistema monetario, fundado ahora en la moneda nacional, es efectivamente administrado por la autoridad monetaria, la cual cuenta con elevadas reservas de divisas. Consecuentemente, la oferta monetaria y su incidencia en los precios está bajo control. El hecho que las actuales turbulencias en las plazas financieras internacionales no hayan perturbado a la economía argentina, más allá de los cambios en las cotizaciones de valores y acciones y ajustes moderados de la tasa de interés, revela la solidez de los equilibrios macroeconómicos. Demuestra, además, el éxito de la resolución del *default* sobre la deuda pública y la normalización de la privada.

En cuanto a las relaciones sociales, más allá de algunos conflictos notorios, parciales y geográficamente localizados, los indicadores de horas perdidas, etc., están dentro de un cuadro razonablemente estable. Es un hecho notable que, hasta ahora, el conflicto más importante sea el planteado por el campo que, en conjunto, no es el sector en el cual prevalecen las peores condiciones sociales y, antes bien, está operando en condiciones más favorables que en el pasado.

En resumen, no existe, en la actualidad, ninguna de las condiciones necesarias para que la inflación se acelere. Tenemos sí un problema inflacionario, sea cual fuere el

índice de referencia y la confiabilidad de los disponibles. La economía está creciendo a más del 8% anual en los últimos sesenta meses, con un aumento de precios, del orden del 10% anual para el Gobierno y del 15%, el 20% o más, para sus críticos más severos. En cualquier caso, incluso la estimación más alta, no tiene nada que ver los desbordes del pasado.

Sin embargo, en la actualidad, se ha difundido en la Argentina la imagen de un inminente desborde de los precios. Es decir, estamos en presencia de un *malestar inflacionario* mucho más agudo que la inflación real. Si las causas de este malestar inflacionario no están en la economía, para entender el problema y encontrar los remedios adecuados, tenemos que buscarlas en otra parte. Sugiero que radican en la todavía inmadurez de la democracia argentina.

No es gratis que, en el siglo XX, junto al record mundial de inflación, hayamos acreditado también otro. El de inestabilidad institucional, entre 1930 y 1983. En el pasado, las situaciones de tensión extrema culminaban en golpes de estado. Sucede ahora que esta forma de “resolver” las crisis no es factible y que, sí o sí, ahora hay que enfrentarlas dentro del marco de la democracia. Tampoco es previsible la “resolución” por un cataclismo económico que cambie radicalmente las reglas del juego como, por ejemplo, sucedió en 1991 en vísperas del establecimiento del plan de convertibilidad o, a principios del 2002, con el *default* y el cambio de paradigma de la política económica.

Sin embargo, seguimos pagando el precio que las prácticas de la democracia, del diálogo, de la transacción a través de las instituciones, acredite apenas una breve experiencia de veinticinco años a partir de la restauración constitucional. El sistema político sigue siendo débil para resolver la acumulación de crispación e intolerancia en las posturas de los actores sociales y políticos. Veamos el caso de la política de ingresos, la cual, es un instrumento legítimo y esencial de una estrategia heterodoxa de estabilidad. Cuando se la aplica en las democracias maduras, tiene lugar en el marco de normas efectivas de defensa de la competencia y de un diálogo fluido entre los intereses privados y el gobierno, sin que este decline su derecho de tener la última palabra en defensa del interés general. Para eso fue elegido. Pero hay cosas que en una democracia madura no suceden. Por ejemplo, la ausencia de diálogo oportuno entre el Gobierno y los actores sociales en cuestiones urticantes, la modificación repentina de los criterios de medición de los precios o la existencia de múltiples

estimaciones de los mismos que es anterior al conflicto político administrativo del INDEC.

En las democracias maduras tampoco existen, por definición, diferencias abismales sobre el proyecto de país, la estructura productiva deseable y el estilo de inserción internacional. En la Argentina, en cambio, no hemos logrado todavía generar consenso sobre cuestiones fundamentales como, por ejemplo, resolver si el campo es un apéndice del mercado mundial o un sector fundamental de la economía argentina y si la producción primaria alcanza para proporcionar bienestar a una población de 20 o de 40 millones de habitantes. Ninguna de las democracias maduras sufre tampoco la influencia de una traumática memoria inflacionaria como la de la Argentina que, como ya señalé, tuvo el record mundial en el siglo XX.

Como el malestar inflacionario obedece, en lo fundamental, a causas no económicas, la propuesta de enfriar la economía no tiene sentido. Tampoco lo tiene remitir el debate sobre los problemas actuales a las obsoletas antinomias del pasado porque el país de hoy no es el de ayer.. Es preciso, en primer lugar, erradicar las causas no económicas del malestar inflacionario, mejorando el diálogo y transmitiendo señales claras sobre el rumbo futuro de la política económica hacia el único objetivo posible en un país como el nuestro. Vale decir, construir una economía industrial avanzada y abierta, sustentada en una formidable dotación de recursos naturales y una cadena agroindustrial plenamente desarrollada. La cercanía del segundo Centenario de la Revolución de Mayo es una ocasión para instalar este debate y promover estos consensos.

Enfrentado el malestar inflacionario en su propio contexto, que es el político y el de la práctica de la democracia, hay que ocuparse del problema real, económico y social, de la inflación, el cual, consiste en que los precios están aumentando más de lo conveniente. Este es un obstáculo al desarrollo de largo plazo y debe removerse consolidando los espacios de rentabilidad, elevando el empleo y repartiendo el ingreso y la riqueza con más equidad. Para evitar la aceleración inflacionaria es imprescindible consolidar los equilibrios macroeconómicos y administrar la demanda agregada con vistas al pleno empleo con estabilidad. Nada de esto puede lograrse si no se fortalece la competitividad internacional de la economía argentina cuyo instrumento necesario, aunque no suficiente, es un tipo de cambio competitivo y previsible a mediano y largo plazo.

Argentina salió de la debacle del 2001/02. Logramos poner la casa en orden y recuperar el comando de nuestro propio destino en el orden mundial globalizado. El Gobierno tiene mucho crédito a su favor en estos logros. Tenemos la oportunidad histórica de encarrilar al país, de una buena vez, en el sendero del desarrollo sustentable con equidad. Para eso tenemos que erradicar el malestar inflacionario y contener la inflación en límites manejables, para lo cual, el gobierno y la sociedad cuentan con las instituciones de la democracia y los instrumentos necesarios de la política económica.

Mayo 12, 2008.